

AUNQUE preocupados por los acontecimientos que han tenido lugar a nuestra vista, poco a poco, y a medida que la calma y la confianza se restablecen, vuelve a fijarse la atención en el teatro de la guerra, donde, una vez rotas las hostilidades, los sucesos se precipitan y desenvuelven con la rapidez propia de una lucha para la que vienen preparándose de largo tiempo atrás las naciones contendientes.

Las primeras noticias recibidas de Alemania hicieron creer que la guerra tomaría grandes proporciones en la frontera de Prusia antes de comenzar en Italia. Los partes telegráficos dando cuenta detallada de los movimientos estratégicos llevados a cabo por las fuerzas de uno y otro país en combinación con los contingentes federales, presentaron como inminente el encuentro de dos grandes cuerpos de ejército a la vista de Franc-

fort. Parecía natural que el de Víctor Manuel, acampado a la orilla del Mincio, aguardase el resultado de una acción decisiva para tomar la actitud más conveniente: ofensiva o defensiva, según lo requiriesen las circunstancias. Algunos movimientos imprevistos de las fuerzas prusianas, que después de amagar a Francfort cambiaron aparentemente de plan, hicieron perder la pista a los observadores, mientras el telégrafo, comunicando noticias sueltas de marchas y contramarchas parciales, de amagos de ataque y defensa, de escaramuzas sin importancia o de encuentros dudosos, vino a completar la confusión y la vaguedad en que se presentaban envueltas las operaciones militares desde el primer encuentro.

En esta situación las cosas, la atención volvió a fijarse en el cuadrilátero de donde se había apartado en la expectativa de los acontecimientos que se preparaban hacia el Norte. El ejército italiano había pasado el Mincio. Apenas se comunicó esta nueva al resto de Europa, el interés creció de punto. La posición de los italianos con Mantua y Verona al frente y el Mincio a la espalda les ofrecía una desventaja notable. Sin duda alguna en este movimiento podía observarse la falta de

prudencia propia de la exaltación y el entusiasmo de soldados que ansiaban medir sus armas con el enemigo. Los austriacos, que tal vez contaban con aquella imprudencia, sacaron ventaja de su posición, y protegidos por las fortalezas de Peschiera, Mantua y Verona rechazaron la acometida, obligando a Víctor Manuel a repasar el Mincio.

La situación de las cosas ha vuelto, pues, a su primitivo estado; pero en Italia ha producido muy mal efecto el desgraciado éxito de esta primera tentativa.

Acerca de la verdaderas proporciones de la derrota de los italianos se ha hablado en muy diferente sentido. Un parte telegráfico, mal interpretado, hacía subir a 25.000 el número de los prisioneros hechos por las fuerzas austriacas en la batalla de Verona. Tan considerable número de prisioneros sólo podía comprenderse suponiendo que la batalla había sido un verdadero desastre para el cuerpo de ejército mandado por Víctor Manuel. Casi se conceptuaba imposible que éste hubiera podido repasar el Mincio si la derrota alcanzaba tan espantosas proporciones.

A medida que se van obteniendo más pormenores se restablece la verdad de los hechos, y hoy puede asegurarse que, aunque en

este primer encuentro el irreflexivo ardor de los italianos ha recibido una lección que no deben desaprovechar para lo sucesivo, las consecuencias materiales de su pérdida son mucho menos importantes de lo que se creía.

La batalla, según los despachos últimamente recibidos, se empeñó a la vista de Brescia y Verona, llevando en el principio los italianos la mejor parte. Al mismo tiempo que numerosas fuerzas de la caballería de Víctor Manuel arrollaban la vanguardia austriaca en la llanura, los cañones italianos batían en brecha a Peschiera, intentando un asalto. En este estado se mantuvo la acción un día: al siguiente los austriacos, desplegando una formidable línea de batalla que se apoyaba por los extremos en sus amenazadoras fortificaciones, emprendieron un movimiento de ataque lento, pero irresistible, ante el cual sus enemigos se vieron en la precisión de retroceder, aunque ordenadamente.

En este momento fué cuando los jefes italianos debieron comprender la imprudencia de dejar el Mincio a sus espaldas. Estrechados entre la línea contraria y la orilla del río, lo que debió limitarse a una retirada estratégica se convirtió a última hora en derrota, pronunciándose ésta en una de los cuerpos

que los otros no pudieron proteger, desenvolviéndose en terreno conveniente. La serenidad y el arrojo de los jefes impidió que las pérdidas fuesen mayores, contribuyendo a que el grueso de las fuerzas repasasen en orden el río. No obstante, los austriacos, aunque tuvieron que sufrir muchas pérdidas, lograron hacer 2,500 prisioneros, apoderándose de algunos cañones, y causar muchas bajas en el ejército italiano, que cuenta entre sus heridos al príncipe Amadeo y a varios oficiales generales.

Antes que la noticia de este contratiempo haya labrado en el ánimo de los que se interesan por la causa de Italia, se cree que las fuerzas navales del mismo país habrán compensado la derrota de Verona con el bombardeo de Trieste, a cuyo efecto ha salido en la misma dirección una armada poderosa.

En cuanto a los austriacos, fuertes en sus atrincheramientos del cuadrilátero, no parecen dispuestos a abandonar sus ventajosas posiciones para ofrecer la revancha a sus contrarios del otro lado del Mincio, y escogiendo nuevo teatro para la guerra concentran fuerzas sobre Milán, que, según creemos, está llamada a ofrecer uno de los más notables y sangrientos episodios de la lucha.

A juzgar por lo que encontramos en los periódicos extranjeros, el aspecto de los negocios de la guerra preocupa hondamente a casi todos los países, particularmente a la Francia, cuyo jefe no sabemos si sentirá o se alegrará de que los sucesos le presenten coyuntura favorable para terciar en la cuestión.

Mientras por Europa se complican los asuntos políticos y el horizonte se carga de vapores caliginosos, las correspondencias recibidas de América presentan nuestros negocios en aquel continente bajo un punto de vista favorable.

Las últimas proezas de nuestros valientes marinos en el Callao parece que han causado gran impresión en las repúblicas hostiles a España, aumentando el prestigio de nuestra bandera y levantándola a la altura que le corresponde. En los Estados Unidos pierden terreno los agentes del Perú y de Chile que trataron de formar atmósfera contra España.

Las repúblicas que han permanecido hasta ahora neutrales, y aun algunas de las comprometidas a favor de nuestros enemigos se niegan a cooperar a la guerra.

La falta de apoyo material en estos países, falta que no compensan sus estériles protestas de simpatía, unidas al grave estado eco-

nómico en que se encuentran, van apagando gradualmente el entusiasmo de peruanos y chilenos hasta el punto que no sería imposible diesen algunos pasos en favor de la paz antes que una nueva excursión de nuestras fuerzas marítimas acabase de arruinar su comercio, asolando por completo sus costas.

Menos lisonjeras que éstas son las nuevas que tenemos acerca del terrible azote que el año último castigó algunas de nuestras poblaciones, y que se temió volviere a caer sobre nosotros al llegar el verano. El delegado español en las conferencias sanitarias de Constantinopla ha participado al Gobierno que el cólera comienza a hacer estragos en todo el Egipto, y muy particularmente en Alejandría, desde donde en las anteriores invasiones ha partido para recorrer el litoral del Mediterráneo. Prevenido a tiempo el Gobierno, se han adoptado las medidas convenientes para libertar nuestras costas de su contagio, declarando sucias las patentes de aquella procedencia, a pesar de que las autoridades egipcias, atendiendo antes al provecho de sus intereses materiales que al bien de la humanidad, siguen expidiéndolas limpias a los buques surtos en las aguas del más importante de sus puertos. Afirmada en las

conferencias sanitarias la opinión de que el único medio de preservar los pueblos de la maléfica influencia de esta enfermedad terrible es redoblar la vigilancia de las costas y adoptar las más eficaces prevenciones, esperamos con confianza en que, amaestrados por la experiencia, y protegidos por las leyes especiales sobre la materia, que deberán aplicarse con el mayor rigorismo, lograremos libertar a nuestro país de la calamidad que nuevamente amenaza a Europa. En la confianza de que sucederá así, y que poco a poco lograremos vencer todas las dificultades, así interiores como exteriores con que en este momento lucha España, no creemos aventurado predecir que el verano que con tan mal pie entra, concluirá ofreciéndonos la realidad de un estado de cosas más próspero y risueño que el presente.

Con la confianza que renace, con la calma que se restablece y la inquietud de los ánimos que gradualmente se disipa volverán sin duda alguna a ofrecer atractivo las cuestiones que se rozan con las letras, las artes y la industria, momentáneamente relegadas al olvido ante el doloroso interés que despiertan tristes y deplorables acontecimientos.

SEGUN las noticias que se reciben de América, chilenos y peruanos tratan de disimular su derrota, encubriéndola con las apariencias del triunfo. A este fin, en Valparaíso se ha abierto una suscripción para regalar una espada de honor al dictador Prado y en el Callao se disponen fiestas públicas y banquetes nacionales en celebración de la victoria. El expediente, aunque original, no surte todo el efecto apetecido. Acaso entre el vulgo las alharacas de los gobernantes logren ofuscar la opinión, cubriendo de flores la profunda sima en que yacen sepultados el crédito y la prosperidad de ambas repúblicas. Entre las gentes sensatas, contando en este número muchos de los que al principio se mostraron decididos partidarios de la guerra, comienza a operarse una gran reacción, que no por ser más silenciosa será menos fuerte. Es tal el desorden que reina en aquellos paí-

ses, tal la paralización de la industria, ya de por sí escasa, las pérdidas del comercio y el abatimiento de los ánimos, que no sería de extrañar que al volver nuestros buques a comenzar la segunda parte de la guerra, un movimiento insurreccional preparado por las clases conservadoras e ilustradas, derrocara el actual orden de cosas, creando un Gobierno favorable al arreglo de la paz con honrosas condiciones. Si se confirman los rumores que han circulado en estos últimos días acerca del abandono o la pérdida de sus dos famosos buques el *Huascar* y la *Independencia*, el partido de los que creen más razonable transigir que sostener una lucha imposible, saldrá poco a poco del retraimiento a que le condena la presión de las turbas fascinadas con el simulacro de triunfo que representan sus gobernantes.

Algunos periódicos extranjeros, coincidiendo con las noticias de varias correspondencias particulares, aseguraron no ha mucho que al llegar al Estrecho cuya difícil navegación ofrecía serios obstáculos a los jefes del *Huascar* y la *Independencia*, desalentadas las tripulaciones con las nuevas del bombardeo del Callao, se negaron a pasar adelante, sublevándose por último y abandonando los bu-

ques en aquellas peligrosas costas, sin dotación suficiente para proseguir su rumbo. Más tarde, refiriéndose a noticias llegadas a la Habana por el vapor *Liberti* y comunicadas a la Península en el paquete-correo, se ha vuelto a dar por segura la pérdida de estos buques, última esperanza de nuestros enemigos, aunque explicándola de diverso modo. Según la versión más reciente, las cuatro fragatas españolas que al dividirse nuestra escuadra se dirigían a Valparaíso al mando de Topete encontraron al *Huascar* y la *Independencia* a la entrada del Estrecho.

Después de un combate sangriento y en el cual nuestros valientes marinos habían experimentado algunas bajas y perdido la *Almansa*, el bravo comandante de las fuerzas españolas se apoderó de los dos temibles monitores peruanos, enarbolando en ellos el pabellón rojo y amarillo.

Esta es en resumen la historia de los sucesos tal como los presentan las noticias objeto hoy de comentarios en diferentes periódicos. La experiencia nos ha enseñado a ser cautos respecto a noticias cuya adulteración depende a veces de un espíritu de optimismo exagerado o de una hostilidad sistemática. No obstante, sin dar entero crédito a las que

dejamos consignadas, debemos decir que el suceso no es tan extraño que no estuviese previsto por algunos. Conocido el rumbo de las fuerzas españolas y peruanas, parecía inevitable un encuentro, y en el caso de tener éste lugar, es casi seguro que el animoso comandante Topete, que tanto se ha distinguido en la expedición de Chile y el bombardeo del Callao, habrá trabado un combate, que si ha obtenido el éxito que afirman, corona dignamente la obra de nuestras valientes marinos en aquellos países.

Extraña a algunos la vaguedad y las apariencias de contradicción que se encuentran en las noticias referentes a los sucesos que dejamos relatados, pues mientras unas presentan los buques enemigos abandonados de la mayor parte de su tripulación y tal vez encallados en alguno de los peligrosos bajíos del Estrecho, otros nos los pintan combatiendo vigorosamente contra las cuatro fragatas españolas y no rindiéndose sino después de una sangrienta lucha. Por lo que a nosotros toca no nos admiran estas confusiones y falta de precisión en los despachos telegráficos y aun en las comunicaciones más serias, y a los que les pasman, el ejemplo de lo que sucede con la guerra que tenemos, puede de-

cirse que a la puerta de casa podría curarles de espanto.

Las proporciones de la lucha entre Austria, Italia y Prusia, lucha en la cual se presume han de mezclarse otras naciones poderosas, ha despertado tan vivo interés en Europa, que particularmente en París es el objeto de todos los cálculos y las discusiones de los círculos políticos. La industria, que en aquella capital vive al acecho de las ocasiones y explota de una manera prodigiosa todos los acontecimientos, ha puesto de moda unos nuevos mapas del teatro de la guerra, ingeniosamente dispuestos para poder seguir y comprender el curso de las operaciones militares: alfileres con cabezas de diverso color sirven para marcar la situación que respectivamente ocupan los ejércitos, hay al margen casillas para señalar el número de muertos, heridos y prisioneros en las batallas; cuadros de los recursos con que cada país cuenta; reúnen por fin estos mapas todas las condiciones precisas para ayudar a la inteligencia y claridad de los hechos. No obstante, así como el emperador Carlos V no logró nunca que los relojes que se entretenía en armar en su retiro de Yuste dieran la hora a un tiempo, aún no se ha logrado que el mapa de los partidarios de

Austria marque los mismos movimientos y sus alfileres señalen los mismos puntos que el de los entusiastas de Italia. Si se suman los muertos, discusión; si se comparan los heridos, polémica; si se trata de precisar las pérdidas o ventajas de ambas partes, no hay modo de entenderse. Y todos llevan razón. No hay más diferencia sino que unos creen artículo de fe los despachos de Viena, y los otros se atienen a las noticias de Florencia y Berlín. Merced a este sistema de ocultaciones o de exageración, de que puede hacerse un cargo a los dos países, y a haberse mezclado en el asunto a más del interés político el de los especuladores, hemos estado completamente a oscuras al comenzar las hostilidades en Alemania respecto al verdadero estado de la guerra.

Poco a poco, y restando de unas y otras noticias en diverso sentido para encontrar la verdad, se comenzó a comprender que lo que Austria había adelantado en el cuadrilátero lo iba perdiendo con mucho en la Silesia. En vano se aferraban aún sus más decididos admiradores, haciendo la relación de las pérdidas de los prusianos, y cuestionando sobre si el desenlace de esta o aquella acción fué retirada o derrota. La prueba más evidente de

que perdía terreno era que iba desalojando sus posesiones, y que a pesar de los esfuerzos de Benedek para impedirlo, los ejércitos del Elba y de Silesia lograron reunirse. Cuán importante era la realización de este movimiento estratégico para la causa de Prusia lo daba a entender la tenacidad con que los austriacos se oponían, y lo ha demostrado por último más a las claras las consecuencias de la concentración de estas fuerzas poderosas. La batalla de Koeniggratz, última de que nos ha dado cuenta el telégrafo, ha sido en efecto la más terrible de cuantas han ocurrido hasta ahora, y su resultado completamente adverso para el Austria. Si hemos de dar crédito a las comunicaciones de París, Benedek no oculta la importancia del desastre que ha costado a su ejército pérdidas inmensas.

Mientras la guerra se presenta bajo una faz imprevista al Norte, el ejército italiano, después de repasar el Mincio, aguarda a la defensiva que el Gabinete de Florencia adopte un nuevo plan de campaña, y Garibaldi, en combinación con Cialdini, avanza por el Tirol para dejarse caer cuando menos se le espere sobre algún punto importante después de levantar las poblaciones en favor de su causa.



Tal es a grandes rasgos el cuadro de la situación actual de la guerra, cuyo resultado no puede aún preverse, por más que la balanza parezca inclinarse del lado de la Prusia.

Fuera de las noticias que se relacionan con este asunto, poco o nada podemos decir hoy a nuestros lectores, por más que en lontananza se dibujen algunos sucesos pertenecientes a otro orden de cosas más agradables sino de tan grande interés. El tiempo, que, como suele decirse, es buen pagador, comienza a proporcionarnos la parte de calor que corresponde al verano presente, en la idea sin duda de prolongar los rigores hasta diciembre, ya que para dar principio ha aguardado a julio. Las personas más conocidas de la sociedad han salido a provincias o se disponen a salir muy en breve. Los teatros se han cerrado y los Campos Elíseos no se abren. La perspectiva que ofrece Madrid a los que se deciden a soportar en él la temporada de calor que nos aguarda, preciso es confesar que no es de las más seductoras.

Después de terminada nuestra revista, nos ha sorprendido el telégrafo con una noticia en extremo importante. Las sucesivas derro-

tas experimentadas por el ejército al mando del general Benedek, han determinado al emperador de Austria a ceder el Veneto a Napoleón, conviniendo con las ideas emitidas por este soberano en la carta que el ministro de Negocios Extranjeros dió a conocer en la Cámara legislativa francesa.

El emperador Napoleón se ha dirigido a los reyes de Prusia e Italia con objeto de acordar un armisticio. Del armisticio saldrá regularmente un Congreso, y la idea que tanto tiempo hace acaricia el César francés se verá realizada al cabo.

El inesperado desenlace de esta cuestión, trae a nuestra memoria las palabras que Napoleón dirigió no ha mucho a los trabajadores del Campo de Marte, animándoles a proseguir en sus trabajos preparatorios de la Exposición Universal.—Trabajad, trabajad con fe, dijo; que la Exposición ha de celebrarse a su debido tiempo y en medio de la paz de Europa.

La profecía lleva camino de cumplirse.